

# Tercer tercio

Mariana Viveros Ventura

Egresada de la Facultad de Teatro UV

José reposaba en su amplia cama bajo un montón de pañuelos blancos, tantos, quizá, como los que inundaban la Real Maestranza después de sus magistrales estocadas. Tenía una gripe atroz, así que no pudo torear en Cádiz la tarde anterior.

Llevaba días postrado como un agonizante; ya no soportaba tanta debilidad, tanta fiebre y ese zumbido de insecto gigante dentro de su cabeza cada vez que estornudaba.

Vestido con el pantalón azul del pijama, se levantó para estirar las piernas. Caminó hacia el ventanal y bruscamente abrió las portillas de vidrio. Aire. Una fresca ráfaga llenó sus pulmones; aire limpio de los campos andaluces, nada que ver con el vapor medicamentoso que flotaba en la alcoba. Espabilado, se dirigió a la mesita de noche y tomó el periódico. Leyó los titulares: dos toreros cornados en Cádiz. Tuvieron que suspender porque fueron cornadas graves, de hecho, el primer espada estuvo a punto de perder un ojo.

Respiró aliviado. Ese resfriado le había salvado la vida, pensó cínicamente, pero una nube oscura se extendió en su mente: ¿no habría sido mejor estar en el ruedo y recibir el honor de una cornada? Porque así como el torero clava la espada para glorificar al animal, para convertirlo en ofrenda de dioses, también resulta bendecido cuando el astado hiere.

La carrera de José iba cuesta abajo, no era novedad. Su apoderado recurría al amiguismo, incluso al soborno para conseguirle espacio en el cartel de algún festejo medianamente decente, por eso le gritó furioso al teléfono: “¡Me cago en tus muertos, *joputa!*”, cuando decidió no torear en Cádiz.

A los diecisiete saltó como espontáneo al ruedo de la Malagueta y desde entonces no hubo peña taurina donde no hablaran de sus hazañas con el capote. José Carmona, hijo de gitano y paya, “entreverao”, como decían los viejos patriarcas, fue leyenda muy chaval en su barrio

Palma Palmilla, que pronto le quedó chico. Partió hacia Madrid a los diecinueve.

“Madrid te da la fama y Sevilla la gloria”, decía la nota escrita por su padre al reverso de una estampa de La Esperanza; prefirió despedirse así para no verlo marcharse.

Sólo tomó dos años volverse cabeza de cartel en las novilladas. Para los veintidós ya tomaba la alternativa en Las Ventas apadrinado por un matador francés afincado en Sevilla. Le esperaba San Isidro con su feria y así, en poco tiempo, cortó muchas orejas y vio sus bolsillos llenarse de pesetas, luego de euros con los que cumplió sueños cutres como pasear por la Gran Vía en un Lamborghini Islero escuchando *Soy Gitano* hasta reventar altavoces. Anillos. Medallas de la Esperanza (ridículamente, las besaba antes de acelerar). Recias dosis de “caballo”; primeros pasos hacia el abismo.

Cuando se acabaron los carteles madrileños, Carmona se mudó a Sevilla en busca de la gloria, porque la fama era cima conquistada. Adquirió un piso cerca de la Alameda y un cortijo en Camas. Los excesos citadinos lo acompañaron a provincia, al campo mismo; ahí dejan de ser *chic*. La droga debe ocultarse bajo la alfombra, más aun tratándose de toreros. Esos héroes sólo se embriagan de Rioja y manzanilla, creen algunos nostálgicos.

Arrojó el periódico. Para qué quería estar intacto llevando una vida tan miserable. Hubiera dado ambos ojos por ser invitado con genuina alegría al festejo de Cádiz, como al principio. El intento de reivindicarse después de estar tres años sin pisar un ruedo (a causa de un infarto que le sobrevino después de una sobredosis) había sido un rotundo y absurdo fracaso. *Cancela participación por enfermedad.*

Entonces vino a su mente el recuerdo luminoso de su primer triunfo en la Real Maestranza. Sevilla estaba de feria; él torearía en la corrida inaugural, por eso vestiría el más bello traje, grana y oro, con unos bordados arabescos, exquisitos, que recordaban las grecas de la Alhambra. Parecía la reencarnación de un sultán nazarí. Cuando estuvo listo, se santiguó frente a la Esperanza de Triana: “Dios te salve, Esperanza, llena de gracia y dulzura...”. Y como el sultán que era, subió a su fastuoso automóvil, capote de paseíllo al hombro.

La plaza estaba a tope. Pañoletas y sombreros por todo el grade-río; bellas muchachas vestidas de flamenca abanicándose. Rumoraban que la misma Infanta se encontraba ahí.

Digna de la nobleza fue aquella faena. Buenos lances con el capote, sin duda, pero lo que realmente sorprendió al público fue su colocada de banderillas, algo inusual, puesto que los matadores dejan a los subalternos hacerlo por ellos. Muleta maja, espada quirúrgica.

Orejas y salida a hombros por la Puerta del Príncipe, más cincuenta mil euros en su cuenta corriente, claro, de los cuales treinta mil eran fruto de la publicidad y el trabajo del apoderado, mientras que el resto provenía de apuestas clandestinas movidas desde los corrillos taurinos más selectos hasta los bloques del Polígono Sur. José se desenvolvía cómodamente en ese mundillo.

El recuerdo se fue como un fundido en negro hasta volver a reconocerse a sí mismo en esa amarga realidad. Deseó que la gripe fuese una enfermedad mortal, así se acabaría todo de una buena vez. Se sabía condenado a un futuro marcado por el escarnio público; ya no le valían cortijos ni cadenas de oro con medallas de vírgenes luciendo en su pecho marcado por el asta y el desamor.

En los negros ojos de José brilló la chispa de la determinación como hacía mucho no brillaba. Con paso felino caminó hacia el armario donde guardaba su mutilada colección de trajes de luces. Varias veces recurrió a vender o consignar piezas ante apuros económicos porque la fortuna se le fue como agua mientras estuvo sin torear. El único que permanecía íntegro en su percha acojinada era el grana y oro. Manteniendo esa índole parsimoniosa, se vistió con él. Mitra preparándose para un ritual de tauroctonía. Sol desafiante.

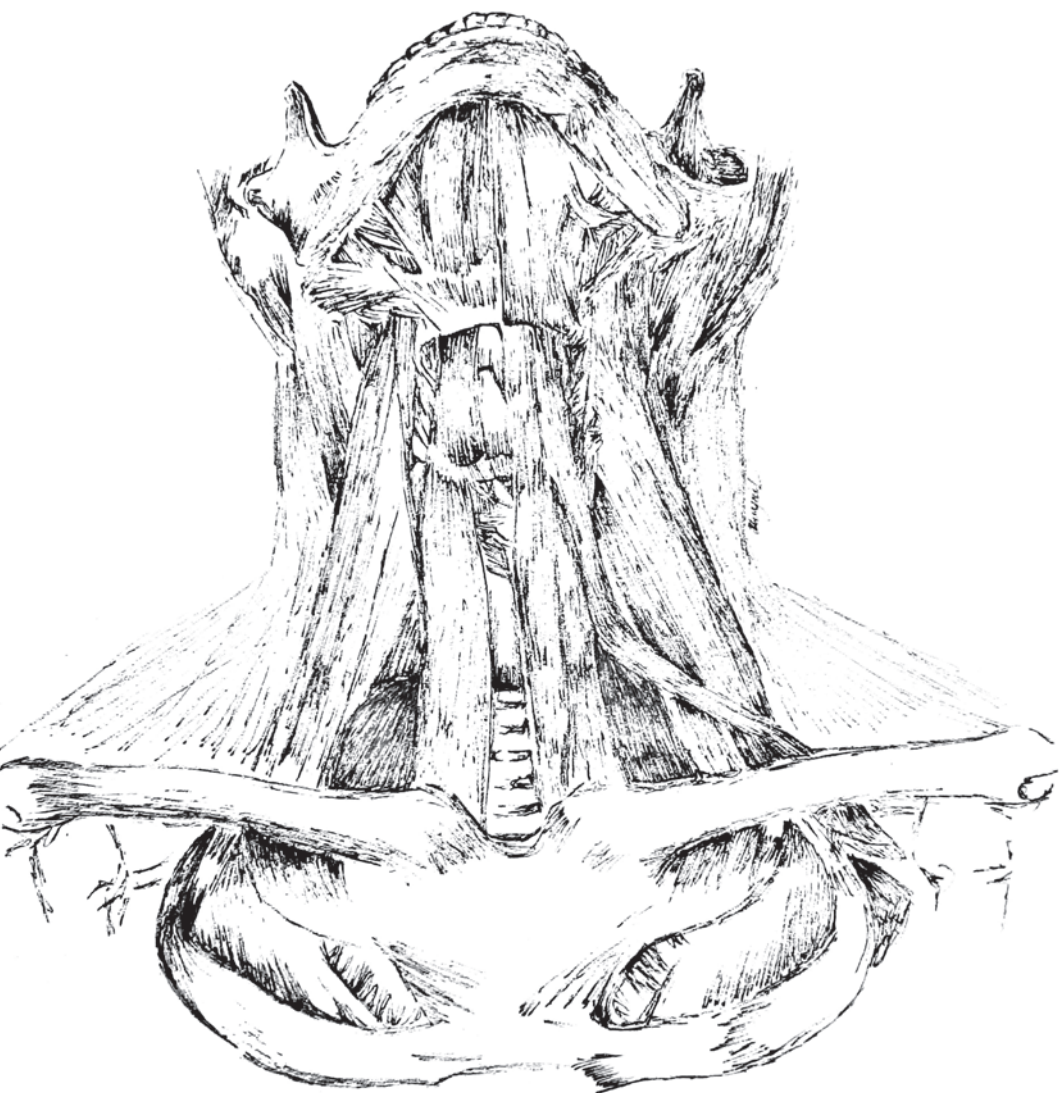
No había mozo que le calzara las medias o le atara los cordeles de la taleguilla... botón a botón hasta llegar a las relucientes zapatillas se fue transformando en sultán nazarí por mano propia. Buscó la maleta de cuero donde guardaba los trastos, espada, muleta y puntilla, pero sólo dejó afuera la espada.

Miró su imagen en el espejo. Era tremendamente hermoso.

*Bajo este sol abrasador y con algunas ráfagas de viento revolviendo la arena, vemos a José Carmona partiendo plaza; la afición está feliz por tener de regreso al torero estrella después de su larga ausencia. Luce el famoso traje grana y oro. Y empieza la faena ya por lo alto con estos lances de capote bien templados...*

José tensaba los brazos y los dejaba caer, relajados, como quien agita una sábana.

*...remata la serie con una verónica. Tercio de banderillas. Vamos a ver a Carmona colocando banderillas, algo que pocos matadores hacen hoy en día, pero*



*Asfixia 2*, Sarahi Abigail Villalobos Pérez.

*él insiste a pesar de aquel percance en Bilbao del que nos da cuentas la cicatriz en la mejilla...*

Bien plantado frente al espejo, a pies juntos, José clavaba al aire banderillas invisibles, aunque el corazón le latía igual que delante de un Miura.

*...la afición se enciende, ya corea fuerte los olés para José Carmona que clava el último par de banderillas. Mar de aplausos para el matador en esta faena que, si me permiten decirlo, es la mejor que le hemos visto. Toca esperar que cierre con broche de oro, de ser así, Carmona se perfilaría a ser el mejor torero de la temporada...*

Por las sienas escurrían gruesas líneas de sudor. Euforia agazapada. Era la última oportunidad de dejar en el mundo esa huella que plasmó siempre a medias: la dignidad.

“Dios te salve, Esperanza, llena de gracia y dulzura”.

*...Carmona se quita la montera para brindar su faena de muleta al público, que le retribuye en aplausos. La coloca en el suelo con los machos hacia abajo, prefiere no tentar a la suerte. Empieza con una serie de naturales a buen ritmo, abriendo camino; vemos que el derecho es su mejor lado. Pase de pecho; limpia la muleta. Ahora, circulares. Toreo profundo, toreo vistoso; la afición se le entrega. Como haya espadazo, la Puerta del Príncipe se abrirá esta tarde, claro que sí. Algunos rechazos bien puestos pero ya no hay mucha faena que sacar... Carmona tiene que matar bien sí o sí. Lo vemos con espada en mano. Silencio. Se perfila. ¡Vamos! ¡Qué estoconazo acaba de dar José Carmona! ¡Sin puntilla! Pone de pie al público que ya agita pañuelos blancos. ¡Y dobla! El presidente concede las dos orejas, pero la gente exige el rabo también, esto es una locura.*

El racimo de uvas que era su sangre se desgranaba desde el cuello hasta el pecho, donde se unía en una misma tonalidad con el grana del traje. La espada fue feroz.

*¡Orejas y rabo! Nuevamente se abre para José Carmona la Puerta del Príncipe, y también la de la gloria.*